

complaciente, ¿habéis extendido vuestra bondad hasta dar aviso en la casa?

— ¿En qué casa?

— En la casa á donde yo iba : ¡ pardiez ! en la casa en que se me espera.

— No, dijo el joven, lo confieso francamente, no he pensado en ella siquiera ; y además hubiera podido pensar que carecía de medios para ejecutarlo. Hace dos horas escasas que estoy aquí, y apenas conozco á nadie en esta casa.

— ¡ Voto al diablo ! prorrumpió el viajero con un movimiento de inquietud. ¡ Pobre Nanón, sentiría que le sucediese algo !

— ¡ Nanón ! ¡ Nanón de Lartigues ! exclamó el joven estupefacto.

— ¡ Canario ! ¿ sois acaso hechicero ? dijo el caminante. Veis emboscarse unos hombres junto al camino, y adivináis á quién desean atrapar. Yo os digo un nombre de pila, y vos adivináis el nombre de familia. Explicadme pronto este misterio, ó de lo contrario os denuncio y os hago condenar al fuego por el parlamento de Burdeos.

— ¡ Ah ! esta vez, repuso el joven, convendréis fácilmente en que no se necesita mucha sutileza para leer vuestro pensamiento : habiendo nombrado como á vuestro rival al duque de Eperón, es evidente que al nombrar una Nanón cualquiera, debiera ser esa Nanón de Lartigues, tan bella, rica y espiritual, según se dice, que tiene hechizado al duque, y cuyo gobierno dirige, lo que hace que en toda la Guiena sea tan aborrecida como él... y ¿ vos ibais á casa de esa mujer ? continuó el joven con un tono de reconvencción.

— Sí, á fé mía, lo confieso ; y ya que la he nombrado no me desdigo. Nanón es una muchacha encantadora,

llena de fidelidad á sus promesas, cuando halla placer en guardarlas, y enteramente sacrificada al que ama, mientras la dura su amor. Esta noche debía cenar con ella ; pero el duque ha volcado la olla. — ¿ Queréis que mañana os presente á ella ? ¡ Qué diablo ! ello es preciso que el duque se vuelva á Agén de una hora á otra.

— Gracias, dijo con sequedad el joven. Yo no conozco á la señora de Lartigues más que de nombre, y no deseo conocerla de otro modo.

— ¡ Oh ! os habéis incomodado ¡ pardiez ! Nanón es una chica que se la puede conocer de todas maneras.

El joven frunció el entrecejo.

— ¡ Ah ! ¡ perdonad ! dijo admirado el viajero. Pero creía que á vuestra edad....

— Es cierto, dijo el joven apercibiéndose del mal efecto que su rigorismo producía ; estoy en la edad en que generalmente se aceptan semejantes proposiciones ; en efecto, la aceptaría con gusto, si no estuviese aquí de paso, ni me viera precisado á continuar esta noche mi camino.

— ¡ Oh ! ¡ pardiez ! no os iréis sin que yo sepa al menos quién es el gentil caballero que con tanta galantería me ha salvado la vida.

El joven pareció dudar ; y contestó después de un instante :

— Soy el vizconde de Cambes.

— ¡ Ya ! ¡ ya ! contestó su interlocutor ; he oído hablar de una lindísima vizcondesa de Cambes, que es muy querida de la princesa, y que posee gran cantidad de tierras en las cercanías de Burdeos.

— Es parienta mía, dijo con viveza el joven.

— Os doy la enhorabuena á fé mía, vizconde, porque se la llama incomparable ; y espero que si en este punto

me favorece la ocasión, me presentaréis á ella : yo soy el barón de Canolles, capitán del regimiento de Navalles, y al presente disfruto de la licencia que el señor duque de Eperón ha tenido á bien concederme por recomendación de la señora de Lartigues.

— ¡ El barón de Canolles ! exclamó á su vez el vizconde, mirando á su interlocutor con toda la curiosidad que despertaba en él aquel nombre famoso en las galantes aventuras de la época.

— ¿ Me conociais ? dijo Canolles.

— Solamente de fama, dijo el vizconde.

— De mala fama, ¿ no es cierto ? ¿ Qué queréis ? Cada cual sigue la marcha que le ha trazado la naturaleza : soy aficionado á la vida alegre.

— Sois muy dueño de vivir como os agrada, respondió el vizconde : mas permitidme sin embargo una observación.

— ¿Cuál ?

— Esa mujer se encuentra enteramente comprometida por vuestra causa, y el duque vengará en ella el engaño con que le ha envuelto por favoreceros.

— ¡ Diablos ! ¿ Acaso creéis... ?

— Sin duda. Por ser una mujer... ligera... la señora de Lartigues no deja de ser mujer ; y comprometida por vos, os toca velar por su seguridad.

— Tenéis razón, á fé mía, mi joven Nestor, y confieso que hechizado por vuestra conversación, he olvidado mis deberes de hidalgo ; hemos sido vendidos, y es del todo probable que el duque no ignora nada. Es cierto que si Nanón estuviese avisada siquiera, pondría en juego su astucia y poco le costaría el obtener el perdón del duque. Vamos á ver ; ¿ tenéis nociones del arte de la guerra ?

— Ninguna, respondió el vizconde riendo ; pero creo que las aprenderé donde voy.

— Pues bien, yo os daré la primera lección. Ya sabéis que en buena guerra, cuando la fuerza es inútil, se echa mano de la astucia : ayudadme, pues.

— Me parece excelente partido. ¿ Pero de qué manera ? ¡ Decid !

— La posada tiene dos puertas.

— Nada sé de eso.

— Yo sí : una que da á la carretera y otra que cae al campo. Salgo, pues, por la que da al campo, describo un semicírculo, y voy á llamar á casa de Nanón, que también tiene una puerta por la espalda.

— ¡ Y es probable que os sorprendan en esa casa ! exclamó el vizconde : sois en verdad un excelente táctico.

— ¿ Que se me sorprenda ? respondió Canolles.

— Sin duda. El duque, cansado de esperar, y no viéndolos salir de aquí, se dirigirá á la casa.

— Sí, pero yo no haré más que entrar y salir.

— ¡ Oh ! una vez dentro, no saldréis más.

— Decididamente, joven, dijo Canolles, vos sois mago.

— Seréis sorprendido, asesinado quizás á su vista : esto es cuanto conseguiréis.

— ¡ Bah ! dijo Canolles ; hay allí armarios.

— ¡ Oh ! prorrumpió el vizconde.

Este ; oh ! fué pronunciado de tal manera, y con tan elocuente entonación, que contenía tantos reproches encubiertos, tanto pudor vergonzoso, y una delicadeza tan suave, que Canolles se detuvo enteramente cortado, y fijó, á pesar de la oscuridad, su penetrante mirada sobre el joven, que estaba recostado en el antepecho de la ventana.

El vizconde sintió todo el peso de aquella mirada, y dijo con aire festivo :

— De hecho, tenéis razón, barón ; id allá, pero ocultos bien, á fin de que no puedan sorprenderos.

— Pues bien, he pensado mal, dijo Canolles, tenéis mucha razón ; ¿ pero de qué manera se la podrá prevenir ?

— Me parece que una carta.....

— ¿ Y quién la lleva ?

— Creo haberos visto un lacayo. Un lacayo, en semejante circunstancia, no se arriesga más que á recibir algunos palos ; mientras que un noble arriesga su vida.

— En verdad que me hacéis perder la chaveta, dijo Canolles : Castorin desempeñará esta comisión á las mil maravillas, tanto más, cuanto que yo sospecho que él tuno tiene sus inteligencias en la casa.

— Ya veis que todo puede arreglarse aquí mismo, dijo el vizconde.

— Sí. ¿ Tenéis tinta, papel y plumas ?

— No, pero de todo hay abajo.

— Perdonad, dijo Canolles ; yo no sé lo que me pasa esta noche, que no paro de cometer necedad sobre necedad. No importa : os agradezco vuestros buenos consejos, vizconde, y voy á ponerlos en práctica en este mismo instante.

Y Canolles, sin perder de vista al joven, á quien examinaba hacia ya algunos momentos con una tenacidad singular, se dirigió á la puerta, y bajó la escalera ; mientras que el vizconde, inquieto y casi turbado, murmuraba estas palabras :

— ¿ Cómo me mira ! ¿ si me habrá conocido ?

Entretanto Canolles había bajado ; y después de haber dirigido una dolorosa mirada á las codornices, perdices y demás golosinas que el mismo Maese Biscarrós emba-

saba en una canasta colocada sobre la cabeza de su ayudante de cocina, y que acaso se iba á comer otro, habiendo sido preparadas ciertamente para él, preguntó por la habitación que había debido disponerle Castorin ; hizose traer allí tinta, plumas y papel, y escribió á Nanón la siguiente carta :

« Querida Señora :

» Si la naturaleza ha dotado vuestros bellos ojos de la
 » facultad de ver durante la noche, podréis distinguir, á
 » cien pasos de vuestra puerta, entre un grupo de árbo-
 » les, al señor duque de Eperón, que me espera para
 » hacerme fusilar, y comprometeros después horrible-
 » mente. Pero como no me acomoda perder la vida, ni
 » haceros perder vuestro reposo, podéis vivir tranquila
 » por este lado. Por mi parte, pienso irme á disfrutar
 » un poco del permiso que por vuestra mediación se me
 » firmó el otro día, á fin de que aprovechase mi libertad
 » para venir á veros. No sé absolutamente á dónde voy,
 » y hasta ignoro si me encamino á alguna parte ; mas
 » como quiera que sea, acordaos de vuestro fugitivo
 » cuando haya pasado la borrasca. En el *Becerro de Oro*
 » os podrán informar del camino que tomo. Espero que
 » os sea grato el sacrificio que me impongo, pero vues-
 » tros intereses me son más caros que mi placer ; y digo
 » mi placer, porque habría tenido gusto especial en
 » apalea al señor de Eperón y á sus esbirros bajo el
 » seguro de su disfraz. Creedme, alma mía, vuestro más
 » rendido, y sobre todo vuestro más fiel. »

Canolles firmó este billete henchido de toda la fanfarronada gascona, cuyos efectos sobre la Gascona Nanón no desconocía ; después de lo cual llamó á su lacayo.

— Venid acá, señor Castorín, le dijo, y confesadme francamente á qué alturas os encontráis con la señora Francineta.

— Pero, señor, respondió Castorín en extremo admirado de la pregunta; no sé si debo.....

— Tranquilizaos, señor fatuo; no me mueve ninguna intención hacia ella, ni vos tenéis el honor de ser mi rival. Lo que yo os pido es sólo una simple noticia.

— ¡ Ah! señor, en ese caso ya es otra cosa.

— La señora Francineta se ha dignado apreciar mis cualidades.

— Es decir que estáis en buen lugar, ¿ no es así, señor bribón? Muy bien. Entonces, tomad este billete; dad la vuelta por la pradera.

— Sé el camino, señor, dijo Castorín con aire de importancia.

— Justo: y vais á llamar por el pórtico. ¿ Sin duda conocéis ya dicha puerta?

— Perfectamente.

— Tanto mejor. Tomad, pues, el camino, llamad á la mencionada puerta, y entregad esta carta á la señora Francineta.

— En ese caso, señor, dijo Castorín gozoso, podré pues.....

— Podéis partir al momento, tenéis diez minutos para ir y venir; y es preciso que esta carta se entregue en el mismo instante á la señora de Lartígues.

— Pero, señor, dijo Castorín, que olfateaba alguna mala ventura; ¿ y si no me abre la puerta?

— Seréis un tonto, pues deberéis tener alguna manera particular de llamar, en virtud á la cual no se le deja en la calle á ningún galán; si sucede lo contrario, soy un

hidalgo bien desventurado, por tener á mi servicio un bellaco como vos.

— Es cierto que tengo una seña, señor, dijo Castorín adoptando el acento más seductor que pudo. Doy dos golpes seguidos, y después otro.

— No os pregunto tanto; me importa muy poco con al que os abran. Id, pues, y si os sorprenden comeos el papel, pues de lo contrario os corto las orejas cuando volváis.

Castorín partió como un rayo; pero al llegar al pie de la escalera, se detuvo, y á despecho de todas las reglas introdujo el billete en una de sus botas; salió después por la puerta del corral, y describiendo un largo cerco, atravesando breñas como un raposo, salvando fosos como un lebré, fué á llamar á la puerta escusada del modo particular que había tentado á explicar á su amo, y que tenía tal eficacia, que al momento le fué abierta.

Á los diez minutos estaba ya Castorín de vuelta sin ninguna desgracia, anunciando á su amo que el billete había quedado en las manos de la bella señorita Nanón.

Canolles había empleado aquellos diez minutos en abrir su saco de noche, preparar su bata y hacer poner la mesa. Escuchó con visible satisfacción el relato de Castorín, después fué á dar una vuelta por la cocina, dando imperiosamente sus órdenes en alta voz, y bostezando desmesuradamente, como hombre que espera con impaciencia el momento de acostarse. Esta maniobra tenía por objeto dar á entender al duque de Eperón, en caso de que le hiciese espiar, que el barón jamás había pensado pasar más allá del parador, á donde había llegado como simple é inofensivo viajero á pedir una cena y una cama; y en efecto, este plan obtuvo el resultado que el barón se prometía: una especie de aldeano que estaba bebiendo

en el rincón más oscuro de la cocina, llamó al mozo, pagó su gasto, se levantó y salió sin afectación, murmurando entre dientes una canción. Canolles le siguió hasta la puerta y le vió dirigirse al bosquecillo: diez minutos después oyó los pasos de muchos caballos que parecían alejarse; la emboscada había sido levantada.

Entonces volvió á entrar el barón, y libre ya su espíritu de temores por parte de Nanón, no pensó en otra cosa más que en pasar la noche de la manera más divertida que le fuese posible. En seguida mandó á Castorin que preparase cartas y dados, y que hecho esto, fuese á preguntar al vizconde de Cambes si tendría á bien hacerle el obsequio de recibirle.

Obedeció Castorin, y encontró en el umbral del aposento á un escudero viejo y cano, que con la puerta entreabierta respondió á su cumplimento con el aire más avinagrado:

— No es posible en este momento: el señor vizconde está ocupado.

— Muy bien, dijo Canolles; esperaré.

Mas como oyese un gran ruido hacia la parte de la cocina, se fué por matar el tiempo á ver un rato lo que pasaba en la parte más importante de la casa.

Érase que el pobre marmitón había vuelto más muerto que vivo. En el recodo del camino había sido detenido por cuatro hombres, que le interrogaron acerca del objeto de su paseo nocturno; y al saber que iba á llevar de cenar á la señora de la casa aislada, le habían despojado de su gorro, su blanco vestido y su mandil. El más joven de los cuatro se había revestido con las insignias de su profesión, había puesto en equilibrio la canasta sobre su cabeza, y desempeñando el puesto del aprehendido cocinero, había seguido en su lugar el camino de la casita.

Diez minutos después, volvió y estuvo hablando en voz baja con uno que parecía ser jefe de aquella tropa. Habíasele devuelto entonces al marmitón su vestido, su gorro y su mandil, colocándole la cesta sobre la cabeza, y dándole un puntapié en el trasero para indicarle la dirección que debía seguir. El pobre diablo, sin esperarse á pedir más, había salido á escape llegando á caer medio muerto de terror bajo el umbral de la puerta, donde le acababan de recoger.

Esta aventura era del todo ininteligible para cuantos allí había, excepto para Canolles; pero como éste no tuviese motivo que le impulsara á dar explicaciones, dejó al huésped, mozos, sirvientes, cocinero y marmitón perderse en conjeturas sobre el suceso; y mientras ellos se desataban á más y mejor en hacer castillos en el aire, subió el barón á la habitación del vizconde, y creyendo que la primera invitación que le había dirigido por medio del señor Castorin le dispensaba de dar un segundo paso del mismo género, abrió la puerta sin cumplimento, y entró.

Estaba en medio del aposento una mesa iluminada y aderezada con dos cubiertos, faltándole para estar completa los platos que debían adornarla.

Presagió Canolles un alegre augurio á la vista de aquellos dos cubiertos. Sin embargo, al verle entrar, el vizconde se levantó con un movimiento tan brusco, que daba fácilmente á conocer que había sido sorprendido por su visita, y que no estaba destinado para él el segundo cubierto, como desde luego se había lisonjeado en creer.

Esta sospecha quedó confirmada por las primeras palabras que le dirigió el vizconde.

— ¿ Puedo saber, señor barón, le dijo adelantándose

hacia él con mucha ceremonia, á qué nueva circunstancia debo el honor de vuestra visita?

— ¡Psi!... respondió Canolles algo desconcertado por tan extraño recibimiento: á una circunstancia muy natural: me ha dado apetito, y pensaba que deberíais tenerlo también. Vos estáis solo, y también lo estoy, y queria tener el honor de proponeros pasaseis á cenar conmigo.

El vizconde miró á Canolles con una visible desconfianza, y pareció algo embarazado para responderle.

— Por mi honor, dijo Canolles riendo, podría decirse que os meto miedo. ¿Sois acaso caballero de Malta? ¿Se os destina para la iglesia, ó vuestra respetable familia os ha educado inspirándoos horror hacia los Canolles?... ¡Vamos, pardiez! no tengáis cuidado, que no perderéis porque pasemos juntos una hora á la mesa, el uno enfrente del otro.

— Me es imposible bajar á vuestra habitación, barón.

— Pues bien, no bajéis. Y ya que yo he subido á la vuestra.....

— Aun es más imposible, caballero; espero á un sujeto.

Esta vez quedó del todo desarmado Canolles.

— ¡Ah! ¿esperáis á un sujeto?

— Sí.

— Á fé mía, dijo Canolles después de un momento de silencio, casi era más de apreciar que me hubieseis dejado continuar mi camino á riesgo de cuanto pudiera sucederme, que no ver así desvanecerse por medio de esa repugnancia que me manifestáis, un servicio que he recibido de vos, y que me parece no haberos remunerado suficientemente aún.

Encendióse el rostro del joven, y acercándose á Canolles le dijo con voz temblorosa:

— Perdonad, caballero, conozco toda mi falta de atención; pero si no me fuera indispensable tener que tratar de asuntos gravemente serios é importantes de familia con la persona que espero, creed que seria para mi un honor y un placer á la vez admitir el partido, aunque.....

— ¡Oh! acabad, dijo Canolles; cualquier cosa que me digáis la recibiré bien: estoy decidido á no enfadarme con vos por nada del mundo.

El joven continuó:

— Aunque nuestro conocimiento sea sólo uno de esos efectos imprevistos de la casualidad, uno de esos encuentros fortuitos, una de esas relaciones efímeras.....

— ¿Y por qué ha de ser eso? preguntó Canolles... Por el contrario, de este modo es como se forman las largas y sinceras amistades; y en mi sentir debemos considerar como un favor de la Providencia lo que sólo atribuíis á la casualidad.

— La Providencia, caballero, repusó el vizconde riendo, quiere que yo parta dentro de dos horas, y que según toda probabilidad, siga un camino diametralmente opuesto al vuestro; siento, pues, en el alma no poder aceptar como deseara esa amistad que me ofrecéis con tanta sinceridad, y que aprecio en su valor.

— Á fé mía, dijo Canolles, que sois decididamente un joven singular, y vuestro primer impulso de generosidad me habia dado desde luego una idea muy distinta de vuestro carácter. Pero en fin, cómo ha de ser; yo no tengo en manera alguna derecho á ser exigente, puesto que más bien os estoy obligado, pues habéis hecho por mi mucho más de lo que yo tenia derecho á esperar de un desconocido. Me voy, pues, á cenar solo; pero la verdad, vizconde, esta resolución es para mi algo dura, pues el monólogo no ha entrado aun en mis costumbres.

Y en efecto, á pesar de lo que había dicho Canolles, y de la resolución que indicaban sus palabras de retirarse, no lo ejecutaba: sujetábase cierta cosa de que él no podía darse razón: sentía una atracción invencible que le arrastraba hacia el vizconde; pero éste, tomando una bujía, se aproximó á Canolles, y tendiéndole la mano, le dijo con una deliciosa sonrisa:

— Caballero, como quiera que sea, y no obstante lo corto de nuestra entrevista, creed que celebro infinito haber podido seros útil en algo.

Canolles no vió más que el cumplido: cogió la mano que el vizconde le presentaba, y que en vez de corresponder á su masculina y amistosa presión, se retiró trémula y extendida; y comprendiendo despues que por disfrazada que estuyese su rendida irase, no era otra cosa que una despedida, se retiró enteramente disgustado y sobre todo muy pensativo.

Encontróse á la puerta con la sonrisa desdentada del viejo criado, el cual, tomando la bujía de mano del vizconde, acompañó ceremoniosamente á Canolles hasta su aposento, y volvió acto continuo á buscar á su amo, que le esperaba en lo alto de la escalera.

— ¿Qué hace? preguntó el vizconde en voz baja.

— Creo que se decide á cenar solo, respondió Pompeyo.

— ¿Entonces no volverá á subir?

— Así lo espero á lo menos.

— Haced preparar los caballos, Pompeyo, y así tendremos eso adelantado. Pero, añadió el vizconde aplicando el oído, ¿qué ruido es ese?

— Creo que es la voz del señor Richón.

— Y la del señor Canolles.

— Me parece que se dan quejas.

— Al contrario, se reconocen. Escuchad.!

— ¿Dios quiera que Richón no le diga!.....

— ¡Oh! no hay que temer por eso: es un hombre muy circunspecto.....

— ¡Chit!.....

Los dos observadores guardaron silencio, mientras se dejaba oír la voz de Canolles.

— ¡Dos cubiertos, Maese Biscarrós! gritaba el barón, ¡dos cubiertos! El señor Richón cena conmigo.

— Dispensadme, si queréis, respondió Richón: me es imposible.

— ¡Quiá!... ¿Pues qué, tratáis de cenar solo como ese joven hidalgo?

— ¿Qué hidalgo?

— Ese que hay arriba.

— ¿Cómo le llaman?

— El vizconde de Cambes.

— ¿Conocéis al vizconde?

— ¡Pardiez! Si me ha salvado la vida.

— ¿Él?

— Sí, él.

— ¿Cómo ha sido eso?

— Cenad conmigo, y ya os contaré el suceso en habiendo cenado.

— No puedo absolutamente; ceno con él.

— En efecto él esperaba á uno.

— Ese uno soy yo; y como quiera que me he tardado mucho más de lo que debiera, espero me permitiréis que os deje, ¿no es así, barón?

— No, ¡por vida del cielo! ¡no lo permito! gritó Canolles. Se me ha puesto en la cabeza que había de cenar acompañado esta noche, y habéis de cenar conmigo, ó yo he de cenar con vos. — Maese Biscarrós, dos cubiertos.

En tanto que Canolles se volvía para ver si era ejecutada esta orden, Richón enfilaba la escalera subiendo rápidamente sus gradas. Al llegar á la última, una pequeña mano cogió la suya haciéndole entrar en el cuarto del vizconde de Cambes, cuya puerta se cerró inmediatamente detrás de él, y para más seguridad dos cerrojos acabaron de corroborar su clausura.

— Á la verdad, murmuró Canolles buscando inútilmente al desaparecido Richón, y sentándose á su solitaria mesa; la verdad, no sé qué hay contra mí en este maldito país; unos corren detrás de mí para matarme, y otros me huyen como si estuviese atacado de peste. ¡Voto á san! se me quita el apetito, y me siento triste: vamos, soy capaz esta noche de achisparme como un soldado alemán. ¡Hola! Castorín, venid acá, si no queréis que os apalee. — ¡Ah! ¿qué oigo? se encierran allá arriba como si conspirasen. — ¡Vamos, soy un bestia duplicado! — Con efecto, conspiran, eso es; ya está todo explicado. Pero, ¿por quién conspiran? ¿Será acaso por el coadjutor, por los príncipes, por el parlamento, por el rey, por la reina, ó por el señor de Mazarino? — ¡Qué diablo! Que conspiren contra quien les dé la gana, me es igual: ya he vuelto á robar el apetito. — Castorín, hacedme servir y echadme de beber, os lo perdono.

Y Canolles entabló filosóficamente la primera cena que había sido preparada para el vizconde de Cambes, que á falta de nuevas provisiones, Maese de Biscarrós se había visto precisado á recalentar.

Mientras que el barón de Canolles buscaba infructuosamente uno que le acompañase á cenar, y que cansado de sus inútiles gestiones se decidía á cenar solo, veamos lo que pasaba en casa de Nanón.

III

La bella Nanón

Nanón era en aquella época, á pesar de cuanto hayan dicho y escrito sus enemigos, entre los cuales pueden contarse la mayor parte de los historiadores que se han ocupado de ella, una encantadora criatura de veinticinco á veintiséis años, pequeña de cuerpo, de cutis moreno, pero llena de flexibilidad y gracias: sus colores eran vivos y llenos de frescura; sus ojos de un negro profundo, cuya córnea brillaba como la del águila á toda clase de luces y reflejos. Alegre en el semblante y risueña en apariencias, Nanón estaba, sin embargo, muy lejos de abandonar su corazón á todos esos caprichos y sutilezas que adornan con locos arabescos la trama dorada y sedosa de que ordinariamente se compone la vida de una petimetra; por el contrario, las más graves deliberaciones, maduras y largamente pesadas en su diminuta cabeza, tomaban un aspecto lleno á la vez de seducción y brillantez, traduciéndose por su voz vibrante y fuertemente impregnada del acento gascón. Nadie hubiera podido adivinar bajo aquella máscara sonrosada de facciones finas y sonrientes, tras de aquella mirada llena de voluptuosas promesas y centellante de vivos ardores, la perseverancia infatigable, la tenacidad invencible y la profundidad de alcances del hombre de Estado. Y sin